

LOS ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS (1942), DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

JUANA TOLEDANO MOLINA
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

RESUMEN

Juan Ramón Jiménez escribió un libro de semblanzas literarias titulado *Españoles de tres mundos* entre 1914 y 1940, aunque se publica en 1942, en Buenos Aires. En él se integran retratos de escritores clásicos y contemporáneos, así como los de otros poetas más jóvenes, los que componen luego el grupo poético del 27. En esta etapa del escritor español, la presencia de su esposa Zenobia Camprubí resulta fundamental.

ABSTRACT

Juan Ramón Jiménez wrote a book containing biographical sketches, entitled *Españoles de tres mundos*, between 1914 and 1940, although it was published in 1942 in Buenos Aires. It includes sketches of classical and contemporary writers, as well as younger poets, the ones who later make up the poetic group of 27. At this stage of the Spanish writer, the presence of his wife Zenobia Camprubí is fundamental.

PALABRAS CLAVE: Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, *Españoles de tres mundos*, generación del 27, poesía española siglo XX.

KEY WORDS: Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, *Españoles de tres mundos*, generation of 27, Spanish poetry 20th century.

Los diarios de Zenobia Camprubí, publicados no hace mucho tiempo, en 2006, son una fuente extraordinaria de noticias auténticas sobre la vida que lleva la pareja en el exilio. Zenobia aparece siempre preocupada por diversas situaciones vitales, como el dinero, el trabajo y la salud. El texto de los diarios aparece, con frecuencia, tachonado de números, de cuentas, que indican la situación de agobio económico que afectaba al matrimonio de exiliados. Así, por ejemplo, en el año 1939, durante su estancia en Miami, en la zona de Coral Gables, escribe, en la fecha correspondiente al 14 de abril: "J. R. solamente ha sacado una ganancia neta de \$251 en 1938-39 y solamente queda agosto para este año. Siempre está hablando de mandar algo aquí y allá, pero no manda nada. El hecho es que, como de costumbre, la cuestión económica significa poco o casi nada para él, pero aunque podríamos vivir de mis ingresos cómodamente si los

usáramos nada más que para el gasto diario, si tengo que mandar dinero a España, a Suiza y Dios sabe dónde más, por no mencionar las cuentas atrasadas, me encontraré en un buen lío. Creo que voy a tener que empezar a ganar dinero otra vez”¹.

Uno de los problemas que agobia por entonces a la pareja es la localización de una casa, no muy cara, que les permita vivir un tanto cómodamente, lugar que encuentran en el 140 de Alhambra Circle, sólo en el piso alto², en Coral Gables, pequeño edificio que buscamos infructuosamente cuando visitamos estos lugares hace unos años. Pero es Zenobia la que lleva siempre las riendas del hogar, de la economía, de la vida práctica en suma, con la idea obsesiva de no gastar más que lo imprescindible y de buscar trabajo adicional que les permita vivir con algún desahogo. A veces, como sucede, el 17 de noviembre del año indicado de 1939, redacta una lista con las cosas que se propone hacer y, entre ellas, además de resolver los problemas inherentes a la hospitalización (la salud del poeta es endeble, y también la suya propia, hecho que oculta siempre al escritor), añade: “Tratar de escribir para ganarme la vida”³. Nos encontramos ante una mujer ordenada, vitalista, activa, inmersa en una situación que a veces la supera. Al respecto añade, tras la lista indicada: “Todas estas cosas heterogéneas me han estado entrando y saliendo de la cabeza durante tres semanas sin haber hecho nada, y si no hubiera recapacitado, continuaría malgastando el tiempo en este estado de pasividad”⁴. Y lo primero que hace esta mujer es ponerse a limpiar la casa, para de esa manera pasar del orden externo de las cosas a la ordenación interna de sus asuntos.

En estas fechas inmediatas al abandono de España, es preciso, como decimos, sacar dinero de donde sea, sustancia imprescindible que debe proceder de sus traducciones o de la edición de nuevos libros, como *Espanoles de tres mundos*, cuya estructura está gestándose por entonces. Es ella la que escribe a máquina los textos que le dicta Juan Ramón. Esto se documenta a primeros del año 1940, el día 21 de febrero, en los siguientes términos: “Terminé una costura y escribí a máquina los “Retratos” mientras me dictaba J. R. Por la tarde salí a una diligencia social bastante aburrida y terminé en Miami, donde hice algunas compras para J. R. y miré los escaparates de las tiendas para mi propia satisfacción”⁵. (Obsérvese, de paso, que compra algo para su marido, mientras que ella se conforma con mirar escaparates, distracción frecuente y honesta que no cuesta nada). Claro que Zenobia no siempre está conforme con la expresión de algunos detalles en los retratos que integran el libro, aunque parece que se abstiene de intervenir directamente en el resultado; en este sentido, señala a propósito de la semblanza de la poetisa cubana Dulce María Loynaz: “Me gusta su retrato de Dulce María, aunque creo que quizá podría suavizar uno o dos detalles, porque después de todo, ella es una mujer y una mujer raramente puede tolerar comentarios personales que no la adulen, aun cuando el resto del retrato sea divino”⁶.

Espanoles de tres mundos aparece publicado en Buenos Aires, en 1942, y es un libro de semblanzas heteróclitas, compuestas entre 1914 y 1940, arco temporal de más de veinte años, que nos ofrece un orden un tanto complejo, con sugerentes apreciaciones, metáforas brillantes y referencias bastante oscuras, u oscurecidas por la voluntad del retratista, apreciaciones que en muchas ocasiones se nos escapan, porque corresponden

¹ Zenobia Camprubí, *Diario. 2. Estados Unidos (1939-1950)*, ed. Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza, 2006, pp. 47-48.

² Una foto de la casa en cuestión aparece en el volumen 1 de las memorias, frente a la pág. 145.

³ *Ibid.*, p. 151.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 191.

⁶ *Ibid.*, p. 190.

a elementos biográficos potenciados por el escritor o a perspectivas inesperadas. Los tres mundos a los que alude el título son España, América y el país de la muerte, en el que ahora se encuentran prácticamente todos los integrantes de este retablo, aunque algunos de ellos, como la mencionada Dulce María Loynaz, han vivido prácticamente hasta nuestros días (esta escritora fallece en 1997). De producirse la posibilidad de que Juan Ramón lo editase ahora, tendría que titularse *Españoles de otro mundo*, es decir, del más allá, porque allí están reunidos todos ellos, aunque en la práctica nos encontramos ante personajes y situaciones del último tercio del siglo XIX y del primero del XX, entre 1870 y 1941, para indicar las fechas extremas.

En conjunto son 61 semblanzas, que oscilan entre Bécquer (el primero en aparecer) y Cernuda (el último), refiriéndonos a la primera edición del libro, semblanzas muy subjetivas y personales, distanciadas, que participan también de la concepción de la caricatura y del poema en prosa, de raíces simbolistas. El propio Juan Ramón, en carta de 1953, a Guillermo Díaz Plaja, había señalado los orígenes del género “poema en prosa”, en cuanto se refiere a las influencias que él mismo había percibido en su propia trayectoria, y allí recordaba, además de diversos autores románticos españoles y europeos, de manera específica a los más inmediatos en su concepción: Rubén Darío, por el poema “A una estrella”, incluido en *Azul*, Aloysius Bertrand, Baudelaire [recordemos sus *Pequeños poemas en prosa*, probable origen de esta tendencia], Mallarmé, del que el poeta de Moguer destaca sus poemas originales redactados en prosa así como las traducciones de Poe, Paul Claudel, Oscar Wilde, en el libro *Una casa de granadas*, y Pierre Louys, por *Las canciones de Bilitis*⁷. La crítica posterior, entre ellos Ricardo Gullón, quizás el mejor conocedor de este libro, añade también a Rimbaud, por su libro *Illuminations*.

En diversas ediciones posteriores se han ido añadiendo a *Españoles de tres mundos* algunos retratos más, alcanzando en la edición de Gullón, de 1969, la más copiosa de todas, hasta 130 personajes, algunos de ellos repetidos. Para nosotros, la edición válida es la que preparó Juan Ramón, ayudado por Zenobia, al menos en la práctica de la mecanografía, en aquellas fechas inciertas del comienzo de su exilio.

Recordemos que, para entonces, Juan Ramón no solía distinguir ya entre verso y prosa, sino que su creación toda era lo que podemos considerar prosa poética, o poemas en prosa, como se advierte en los capítulos que integran su libro más famoso, *Platero y yo*, o en la versión final de su obra, en la recopilación titulada *Leyenda*, de tal manera que los retratos o poemas de esta colección de españoles autóctonos, españoles americanos, unidos siempre por el idioma, personajes vivos y personajes muertos, participan de los datos reales que ofrecen los mismos pero también de un fuerte componente subjetivo, de las filias y de las fobias que el escritor andaluz manifestaba claramente y no se recataba de imprimir.

Como se trata de un libro no muy leído, ni editado con frecuencia, daremos una idea general de su contenido. El escritor se ocupa, sobre todo, de presentar breves notas biográficas, a veces simples apuntes subjetivos e irónicos, sobre hombres y mujeres que el poeta cree significativos, que realizaron aportaciones singulares al panorama cultural de su momento, o que en alguna ocasión simplemente son amigos suyos; no incluye solo escritores, sino que entre los retratados figuran también pintores (Rosales o Ramón de Basterra, por ejemplo), inventores (Isaac Peral), músicos (Manuel de Falla

⁷ Juan Ramón Jiménez, *Españoles de tres mundos. Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo. Caricatura lírica, 1914-1940*, ed. Ricardo Gullón, Madrid, Aguilar, 1969, p. 44, nota. Las restantes referencias de esta edición se señalan en el mismo cuerpo del trabajo, mediante la indicación de página.

o Enrique Granados), políticos (Fernando de los Ríos), etc. Todos ellos configuran un variadísimo universo, ya sólo mental, por desgracia, entre los que predomina el elemento masculino, pero donde también están presentes las mujeres, a veces como un simple apéndice o añadido a la figura masculina biografiada, como en los casos de Manuel B. Cossío, que va acompañado de su esposa, Carmen (p. 109), o Manuel Altolaguirre unido asimismo por la conjunción copulativa y, a Concha, es decir, a la también escritora Concha Méndez. Esta actitud, que hoy quizás pueda considerarse machista, pero que en el contexto social de los años 40 resultaba bastante usual y se aceptaba como normal, incluye también a mujeres que realizaron obras valiosas, como Rosalía de Castro, Ernestina de Champourcin, Teresa de la Parra, Eusebia Cosme, Dulce María Loynaz, Norah Borges, Serafina Núñez y Rosa Chacel, según el orden de aparición de las mismas en el volumen.

La obra completa, según indica el escritor, podría dividirse en cinco partes, tituladas respectivamente “Muertos y entrefinos”, en la que figuran caricaturas de algunos de los autores más antiguos, como Bécquer o Rosalía, pero también Rubén Darío; “Rudos y entrefinos del 98 y demás”, con Rubén Darío, de nuevo, pero también Unamuno y Antonio Machado, “Internacionales y solitarios”, en la que están presentes Francisco Giner de los Ríos, Ortega y Gasset y Manuel de Falla, “Entes de antro y dianche”, semblanzas caricaturescas de Pablo Neruda, Federico García Lorca y Rafael Alberti, y, por último, la sección “Estetas del limbo”, donde se encuentran con el mismo tono deformador, retratos de Jorge Guillén, Pedro Salinas y Luis Cernuda.

En ocasiones, el autor se muestra un tanto duro con sus biografiados, como sucede con Pablo Neruda, del que dice: “Neruda me parece un torpe traductor de sí mismo y de los otros, un pobre explotador de sus filones propios y ajenos, que a veces confunde el original con la traducción; que no supiera completamente su idioma ni el idioma de que traduce. Por eso cuanto escribe, bueno y malo, tiene una evidente aparición sucesiva con las fallas de lo ignorado” (p. 181). Añade luego los motivos de la inquina que se advierte en sus palabras: “Hago su caricatura estando él vivo, contra mi norma, porque lo he oído por teléfono cantar contra mí en coro de necios o beodos, cuando yo no quise firmar su desairado documento de respuesta a Vicente Huidobro. Que luego se cambió por otro que yo hubiera firmado [...]. Neruda me cantaba, con los varios suyos de entonces, coplas soeces por teléfono” (p. 182).

Tampoco es blando con Rafael Alberti, cuyo retrato comienza así: “Esta risa dental rompeparéntesis de Rafael Alberti, paralela a sus hombreras, sacada de pecho jactante ¿de qué es? Porque no es de ironía, ni de llanto, ni de alegría, ni de desesperación, y parece de todo. Un momento decaído, mirada menor, orejas abiertas. La gran Andalucía de belleza madre viene en su auxilio con olas de todos colores y olores, arrastradoras de mezcladas vidas de los tres reinos. De pronto, la plegada sonrisa se abre en risa de paraguas y, en medio de donde sea, el Niño del Puerto se pone a bailar el ole, el jaleo de Jerez o el vito. / El marinerito de mi carta de 1925 creció muy pronto. Su marinera preciosa de mis calles del mar se le quedó tan en hilo, que al poeta le daba vergüenza salir a la calle de Madrid con tanta carne fuera” (pp. 189-190).

Igual distanciamiento irónico se advierte con respecto a Lorca, del que comenta: “De cinco razas: cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo, achaparrado en piña humana prieta, Federico García Lorca se vuelve una vez y otra de lo que corre. No quiere dejar el caño de sus musarañas. Por fin, muslos pegados y pantorrillas convexas, paso a cuadros, se va despacio por los alargados Melancólicos, pulverizándose las cuerdas vocales con el agua de la fuente opalina. O, en súbita carrera, choca, como un moscón contra un parabrisas, contra el

ponente cerrado, de linterna mágica, grana con negros listones paralelos, de la noche que viene a Granada” (p. 193).

Podríamos multiplicar ampliamente los ejemplos de esta ironía a ratos irrespetuosa, cosa que no vamos a hacer en esta ocasión, pero queremos, sin embargo, añadir algo de lo que dice a propósito de la cubana Dulce María Loynaz, por tratarse de apreciaciones que Zenobia consideraba un tanto inadecuadas: “Un escalofrío y Dulce María, gentil marfilería cortada en lijera forma femenina entre gótica y sobrerrealista, con lentes de oro de cadenilla a la oreja, ojitos de mariposa detrás y, en la sonrisa, un diente gris como una perla. Escueta y fina también su débil palabra cubana que no admitía corte en medio, como el papel de seda fósil” (p. 196).

Se nos presenta así Juan Ramón un tanto cercano a otro Ramón de la misma época, Gómez de la Serna, cuyas greguerías ofrecen, a veces, ese humor distanciador, vanguardista con frecuencia, que también advertimos en muchos de estos textos.

En el devenir vital de la pareja, el libro *Españoles de tres mundos* es un hito más en una trayectoria literaria brillante y considerada; igual sucede con otros textos publicados por entonces de los que se hacen buenas reseñas, pero que no son un gran éxito de ventas (casi nunca los libros de versos se venden bien). No parece que las obras de estos primeros años de exilio les hayan sacado de la medianía social en la que se encontraban, aunque su prestigio internacional, su fama, aumentaba con el paso del tiempo.

Zenobia va convirtiéndose poco a poco en enfermera de Juan Ramón, agobiada también por sus propios problemas de salud (padece cáncer, como se sabe), pero le oculta su situación para que no sufra más. Las anotaciones en el diario personal de los años finales se ocupan, sobre todo, de estas cuestiones. De esta manera escribe, en septiembre de 1954: “Nos encontramos en una nueva etapa de lucha por la salud de J. R., que a ratos se encuentra tan abatido que se echa a llorar. Me cuesta mucho trabajo no consolarlo con el cariño que yo querría, pero esto da un resultado contrario y no hay más remedio que cortar su emoción con entereza, por no decir dureza. En este mismo momento me está diciendo: “Zenobia mía, en un abismo estoy”. A lo que le contesto: “Bien pronto vamos a salir de este abismo”. Yo hoy no tengo mucho brío porque anoche, por primera vez en mucho tiempo, J. R. despertó temblando y con un pulso frecuentísimo”⁸. En muchos lugares del texto, las confesiones son francamente dramáticas, como la siguiente: “no se me acaba de mejorar mi estado corriente y no veo el momento de que me apliquen los rayos Beta para ver si se logra el milagro. J. R. unas veces me quiere acompañar al sanatorio y otras no. [...] Él se está conteniendo un poco más desde que ve que me siento bastante mal para no ir a la Universidad. Aparte de que sigue proponiéndome el suicidio todos los días”⁹, escribe el 21 de marzo de 1956.

Pero continúan unidos hasta el final, siguiendo la amorosa fidelidad a la costumbre, que diría Eliot. Además de sentirse inerte ante cualquier situación vital, que no pueda solucionar su esposa, el poeta siente por ella un gran cariño y una confianza extrema, como si se tratase de una relación entre un niño y su madre. Zenobia señala que, en alguna ocasión, Juan Ramón le recordaba una copla popular andaluza, que transcribe, en la que se constata la necesidad de apoyo que experimentaba en estos casos:

“Cuando yo esté en la agonía
siéntate a mi cabecera.

⁸ Zenobia Camprubí, *Diario. 3. Puerto Rico (1951-1956)*, ed. Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza, 2006, p. 66.

⁹ *Ibid.*, p. 279.

Pon en tu mano la mía
y puede que no me muera”.

“Naturalmente –escribe en el diario- que no hace ninguna gracia su estado voluntariamente pesimista, pero esta tarde he aprovechado sus alergias olfativas para llevarlo a dar un paseíto”¹⁰. El hecho es que ella actúa como una enfermera más respecto al poeta, aquejado de hipocondría o de males a veces imaginarios.

En este sentido, pudiera pensarse que Zenobia vive de la vida lo que el marido poeta le deja. No era, con todo, la única mujer que actuaba así en aquella época. Hoy conocemos bien el caso de una familia amiga de los Jiménez, los Martínez Sierra, en la que el elemento femenino, María de la O Lejárraga, componía habitualmente los numerosos textos teatrales que luego firmaba su marido, Gregorio, que además tenía una plácida relación amorosa con su amante, la actriz Catalina Bárcena, con la que tuvo una hija. Creemos que esa inversión, o usurpación de la personalidad literaria, no se da en el caso de Juan Ramón y Zenobia. Pero, ¿acaso habría podido dedicarse el poeta de Moguer a ese casi juego literario de sus últimos años, de aquí quito, allí pongo (perdón por la trivialización), en sus largos procesos de reelaboración lírica? Si Juan Ramón le hubiera solucionado la parte práctica de la vida a su esposa, como hizo Zenobia con él, ¿no habría podido dedicarse esta mujer a la creación literaria, como tantas veces tenía proyectado? De esta forma, el poco práctico Juan Ramón (alguien pudiera pensar, el inútil de Juan Ramón), quizás sería recordado hoy como la pareja de una gran escritora, que, a pesar de todo, conjugando las letras con su no liviana carga existencial, había traducido casi completo al poeta hindú Rabindranath Tagore, y obras delicadísimas de teatro, como *Jinetes hacia el mar*, del irlandés John M.. Synge (adjudicada habitualmente a su marido o, cuando no, a ambos). Pero los destinos de las personas parece que son inamovibles, y hoy recordamos a Juan Ramón, cuando tendríamos que haber recordado, al menos hace dos años, con motivo de su fallecimiento, a la cultísima escritora Zenobia Camprubí y Aymar.

Por eso queremos concluir nuestra aproximación, como un pequeño homenaje a esta singular mujer, leyendo un delicado poema de amor que Juan Ramón Jiménez le dedica:

Mientras que yo te beso, su rumor
nos da el árbol que mece al sol de oro
que el sol le da al huir, fugaz tesoro
del árbol que es el árbol de mi amor.

No es fulgor, no es ardor, y no es altor
lo que me da de ti lo que te adoro,
con la luz que se va; es el oro,
el oro, es el oro hecho sombra: tu color.

El color de tu alma; pues tus ojos
se van haciendo a ella, y a medida
que el sol cambia sus oros por sus rojos
y tú te quedas pálida y fundida,
sale el oro hecho tú de tus dos ojos
que son mi paz, mi fe, mi sol ¡mi vida!¹¹.

¹⁰ Ibid., p. 172.

¹¹ Juan Ramón Jiménez, *Obras selectas. I. Antología general en prosa, 1898-1954*, pról. Ángel Crespo y Pilar Gómez Bedate, Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, 2005, p. 103.